

Pero, visto globalmente, las desamortizaciones le pusieron fin a la propiedad comunal. Una estadística de los primeros años de la Segunda República, cuando el catastro estaba ya muy avanzado, señala 71.482 hectáreas de montes comunales y 26.877 hectáreas de montes de utilidad pública estatales²⁰. Estas superficies, la mayor parte de ellas además suelos de menor calidad, no podían constituir ya una base para la reforma social por parte del Estado a favor de los jornaleros, como algunos especialistas pensaron²¹. La conservación o la vuelta al viejo colectivismo agrario no constituía ya ningún punto de partida para un mejoramiento de la posición de las clases bajas campesinas, aun cuando puedan haber continuado vivos en muchos lugares el recuerdo de las viejas prácticas y de los derechos a ellas asociados²². Es discutible hasta qué punto las clases bajas habían interiorizado la idea de la propiedad privada individual, un problema que jugará un papel importante en relación con la explicación de la cuestión de la delincuencia y de la protesta social.

III. Vivir con la escasez

1. Comida y vivienda

La vida en Extremadura significaba para amplias clases de población una continua lucha contra la escasez.

«Estamos tan familiarizados con la pobreza del campesino que nos parece la cosa más natural del mundo que el jornalero (...) ni tenga casa para albergarse, ni alimento para su nutrición, ni ropas para cubrir sus carnes».

de propiedad en ese sentido, véase Grossi, *Alternative*, quien, sin embargo, no ha tratado las aportaciones españolas, no irrelevantes, al debate; se podría mencionar a Joaquín Costa y su entorno.

20. Véase IRA, *Datos recopilados*, pág. 37 y ss.

21. Véase CM 22.4.1921

22. Sin embargo, una espectacular excepción la constituyen los baldíos de Alburquerque, a los que se hará mención más adelante.

Se quejaba en 1912 el entonces alcalde de Badajoz Alberto Merino²³. La vida cotidiana de las familias de los obreros agrícolas, de los pequeños campesinos y de los aparceros estaba llena de esfuerzos por asegurarse un mínimo, en el que la alimentación tenía un papel preferente.

La alimentación de los campesinos de Extremadura se correspondía con la realidad de la España seca²⁴. Era básicamente vegetariana: el pan era sin duda el medio básico de alimentación; se añadían las legumbres y el aceite de oliva y, en menor medida, las patatas. En una época en la que el suministro de alimentos todavía dependía ampliamente de las cosechas y de los mercados locales así como de la producción en el sitio, Badajoz no era una de las regiones más pobres de la península gracias a sus alimentos: se comía el pan de trigo, que era el preferido, o al menos un pan de varios cereales en vez del pesado pan de centeno; se comían garbanzos en vez de almorta. Cuando se tenía para comer, se comía algo de mayor contenido, más gustoso y variado que los campesinos de la áspera meseta castellana. No pocos aparceros y campesinos, también algunos jornaleros, tenían un cerdo en la cuadra o una cabra que permitían enriquecer el plan alimenticio con carne, sobre todo tocino y embutidos, y con leche. La matanza del cerdo en invierno representaba un punto álgido del ciclo anual en las familias de los pequeños campesinos²⁵. Los productos de los animales como huevos, carne, pescado, pero también el queso y la leche, apenas aparecían, en el mejor de los casos de manera marginal, entre las clases bajas; la verdura fresca estaba en un lugar muy secundario, por no hablar de la fruta y del vino²⁶.

23. Merino, *Obrero*, pág. 9.

24. Sobre la geografía de la alimentación en España, véase Dantín Cereceda, *Alimentación*. Véase también Simón Segura, *Aspectos*; Conard/Lovett, *Problèmes*. Sobre la alimentación de los obreros agrícolas en la campiña andaluza en torno al cambio de siglo, que es muy similar a la de Badajoz, véase Bernal/Drain, *Campagnes*, pág. 41.

25. Véase Marcos Arévalo, *Realidad*; del mismo autor, *Cerdofilia*.

26. A pesar de la gran significación de la ganadería en expansión de Extremadura, el consumo de carne y de leche estaba por debajo de la media nacional, baja en términos

El pan que compraban las clases bajas sufría en su calidad la avaricia de los panaderos y tahaneros, quienes utilizaban harina de escasa calidad o una mala harina de cebada y centeno en vez de harina de trigo y manipulaban el peso echándole mucha agua o simplemente reduciéndolo²⁷. Las quejas sobre la insuficiencia y la mala calidad de la alimentación de gran parte de la población son algo continuo en la bibliografía sobre la cuestión social en el sur de la península²⁸.

Un médico describía las posibilidades de alimentación de las cerca de 800 familias jornaleras del pueblo cerealista de Llerena a comienzos del siglo, destacando, de un lado, el reducido consumo de carne, y, de otro, la especial significación del cigarrillo y del aguardiente casi como un ritual para empezar la jornada de trabajo:

«no prescinden los hombres del tabaco ni de la copa de aguardiente en la mañana, comen pan al mediodía en el tajo y gazpacho ó cocido de garbanzo ó habichuelas con papas, potajes sin tocino, embutidos ni carne, a no ser en la época de la siega, por la noche»²⁹.

El mismo médico calculaba el coste del pan en un 55% de los gastos diarios de un obrero agrícola en comida, vivienda y combustible, sin incluir los gastos en ropa y otros bienes de consumo diario³⁰. En los tiempos de escasez aguda los gastos en el pan de cada día se tragaban la parte del león del reducísimo presupuesto.

comparativos. Véase los datos en Zapata Blanco, *Producción*, I, pág. 651 y ss., 701 y ss: estos datos son una indicación clara de reducida capacidad adquisitiva de la región, que mandaba la mayor parte de su impresionante producción ganadera a mercados suprarregionales.

27. Véase Villa Carretero, *Higiene*, pág. 31; en la prensa local se encuentran frecuentes quejas sobre el engaño a los consumidores de pan pobres.

28. Véase, por ejemplo, Polo Benito, *Problem*, pág. 49 y s.

29. Informe de J. Echávarri (subdelegado de medicina del partido de Llerena), en: Comisión Extraparlamentaria para la transformación del impuesto de Consumos, *Documentos*, vol. 2, pág. 106.

30. Véase *ibidem*, pág. 107.

Las experiencias del hambre y de la necesidad no se tematizan con más detalle en las fuentes. Se limitan a expresiones formales como las de que los obreros agrícolas no tenían pan para alimentar a sus hijos, como se decía generalmente en las épocas de desempleo. Sólo en raras ocasiones algunos hechos anecdóticos dan una cierta idea sobre las necesidades cotidianas o sobre qué se podía hacer con ellas. En el otoño de 1922, un año en el que se habían superado los peores tiempos de la escasez y la carestía de los años de la guerra y la posguerra, el candidato conservador a diputado Teixeiro hizo una visita, durante un viaje electoral por el distrito de un diputado adversario, al pequeño y retirado pueblo de Palomas. «Rodeado de gentes pobres» se informó de la situación de los obreros agrícolas:

«Palomas tiene hambre. Es un pueblo cercado por grandes dehesas que exigen corto número de jornales, y el jornalero no come cuando no hay jornal y lo hay muy pocas veces. — De qué viven ustedes entonces?, les preguntaba Teixeiro (...) — De milagro, señor. Nos hemos acostumbrado a no comer, y vamos viviendo del aire, como los camaleones, exclamaba un vejete de cara enjuta, ojos vivos y expresión inteligente... — Como que aquí —añadió un mozuelo— el que logra comerse una sardina pesca *deseguida* una indigestión. (...) Risotadas y regocijo general acogía cada chiste acerca del hambre jornalera. Los infelices, por no llorar, se reían de su propio infortunio.»³¹

La narración tiene un tono de chascarrillo. Apenas alguna vez hablan en un informe periodístico los obreros agrícolas u otros pertenecientes a las clases bajas. Aquí pueden hablar un viejo perillán y un impertinente joven, además sobre un tema tabú. Con la historia debe atacarse al adversario político, su distrito electoral debe representarse como «moralmente ruinoso». Sólo por ello se tematiza el hambre de los obreros agrícolas.

Salarios bajos y desempleo estructural empujaban a las familias dependientes de un salario con ingresos bajos y muy irregulares a

31. CM 19.10.1922.

una situación de la que se debe suponer que, incluso en los «buenos años», los ingresos por un trabajo «regular» difícilmente podían bastar para asegurar la subsistencia³². Las clases bajas campesinas, con una existencia precaria y continuamente en peligro, debían ser virtuosos de la supervivencia recurriendo a prácticas de la economía sumergida, de la que apenas hay información en las fuentes históricas³³. Cazaban conejos, pájaros, lagartijas; pescaban y recogían caracoles, frutas silvestres y cardos comestibles, espárragos silvestres, bellotas y aceitunas, con lo que se movían en una zona gris de la legalidad, traspasándose la frontera del hurto con mucha rapidez³⁴. De vital importancia para los presupuestos de las clases bajas, en las frecuentes épocas de la falta de dinero, era el comprar al fiado. El tendero por su parte cargaba esta forma de crédito a las familias obreras a los consumidores con precios más altos o dando pesos y medidas más pequeños. La expresión «buscarse la vida» resume los esfuerzos diarios de las «gentes pequeñas» de una manera sencilla y expresiva a la vez.

Sobre la situación de la vivienda de las clases bajas hay pocas manifestaciones desde las que se pueda hacer una imagen aproximada. La ordenación urbana y la arquitectura de los pueblos del sur de España, también de los pueblos extremeños³⁵, eran un reflejo

32. Véase más adelante el apartado IV.2, pág. 103 y ss.

33. Véase Martínez Alier, *Estabilidad*, pág. 157 y s. y, sobre todo, Palenzuela Chamorro, *Estrategias*, un estudio de casos de antropología social entre familias de obreros agrícolas en Lebrija (Sevilla) 1984/5: todavía en el presente, las familias consultadas sólo percibían el 40% de sus ingresos de salarios, el 30% del seguro estatal del desempleo y tenían que conseguir, como desde tiempos inmemoriales, un tercio de sus ingresos necesarios para vivir de actividades de una economía sumergida informal. En este artículo citado son también interesantes las actitudes de los obreros agrícolas respecto al trabajo y a la economía sumergida. Esta última es percibida como humillante y se rechaza con rotundidad.

34. Hoy día una parte importante de estos bienes así conseguidos no son para el propio consumo sino que se venden. Un método especial de venta es la rifa —por ejemplo, de conejos cazados— entre los clientes de los bares la mayoría de las veces, la cual puede equipararse a una forma encubierta de limosna. En torno al cambio de siglo productos como las bellotas y las aceitunas eran al menos características para la venta.

35. Sobre la arquitectura, Flores, *Arquitectura popular*, págs. 482-553 sobre Extremadura.

de piedra y barro de la estratificación social³⁶. Las clases bajas se agrupaban en barrios propios, con frecuencia en las zonas periféricas de las ciudades agrarias, vivían en casas pobres en los caminos de salida de las zonas urbanizadas³⁷.

Las familias de los obreros agrícolas rara vez tenían una casa para ellos solos. Vivían hacinados en dos o tres, o incluso, en una sola habitación³⁸. Pastores, carboneros, aparceros y obreros de las fincas vivían dispersos, lejos de los pueblos en chozas construidas por ellos mismos³⁹. Un observador de fuera hacía notar, casi admirado:

«Les ouvriers ne sont point difficiles, un tel point que pendant les belles nuits ils couchent en plein air et, s'il fait mauvais, ils se construisent avec des branches, des bruyères, de la paille, une cabane capable d'abriter 4 ou 5 hommes»⁴⁰.

2. Una sociedad ágrafa

No puede faltar aquí un indicador sobre la situación social, aun cuando sólo pueda ser considerado de manera marginal: el grado de alfabetización de la población, en especial de las clases bajas.

«Escasísimo es el número de los obreros agrícolas que saben leer, y no menos escaso el de los que muestran interés y deseo de adquirir esta instrucción y de facilitarla a sus hijos».⁴¹

36. Véase las exposiciones de los antropólogos sociales con ejemplos andaluces: Moreno Navarro, *Propiedad*, págs. 133-162; Gilmore, *Social Organization*; Gilmore, *People*.

37. Véase Villa Carretero, *Higiene*, pág. 58.

38. Así lo documenta para Llerena: Comisión Extraparlamentaria, *Documentos*, vol. 2, pág. 106.

39. Sobre las chozas como refugio y vivienda permanente, véase Hasler, *Sistemática*; sobre los pastores en concreto: Guadalajara Solera, *Lo pastoril*, pág. 96 y ss.

40. Lizasoain y Aurrecoechea, *Ferme*, pág. 74.

41. Chacón y Calderón, *Obolo*, pág. 14.

El analfabetismo alcanza en la provincia cotas por encima de la media española, que hasta bien entrado este siglo estaba claramente por encima de los niveles europeos. Las provincias que más se acercaban a los niveles europeos eran las provincias del norte español y las provincias del norte de la Meseta; las masas de analfabetos se reunían en la España latifundista del sur y del suroeste, así como en la provincia de Murcia. En 1920 Badajoz estaba en el puesto 40 de las 49 provincias en cuanto al nivel de alfabetización. Este alto porcentaje de analfabetismo descendió muy lentamente. Entre 1887 y 1920 descendió del 72% al 60%⁴². Al comienzo de la Segunda República, según los datos oficiales, casi la mitad de la población de Badajoz no sabía leer y escribir; en España la media era un tercio escaso de la población. La distancia respecto a la media nacional había aumentado entre 1877 y 1920 de 8'4 a 14'1 puntos. Badajoz consolidaba también en este aspecto su posición marginal. Entre los analfabetos se encontraban «naturalmente» más que proporcionalmente muchas mujeres: en 1900, el 82% de ellas no sabían leer y escribir; entre los hombres el porcentaje era del 72%⁴³.

Las clases bajas de la provincia vivían en una cultura básicamente ágrafo, en la que la palabra escrita venía la mayor parte de las veces «desde afuera» y significaba un saber-poder de casi carácter mágico. Los campesinos le tenían un respeto supersticioso, como expresaba un observador de la época, al describir la impresión que había producido en la población campesina analfabeta la lectura en voz alta de un periódico:

«La letra de molde ejerce en ellos decisiva influencia: apenas si conciben que lo que dice un papel impreso pueda no ser verdad

42. La media nacional cayó, en el mismo periodo, del 65% al 44%. Los datos mencionados se encuentran en Vilanova Ribas/Moreno Julià, *Atlas*, pág. 189 y s.; se trata de personas a partir de los 10 años que no saben leer en relación con su grupo de edad. Sobre el analfabetismo en la España de la época de la Restauración, véase Luzuriaga, *Analfabetismo*; Martínez Cuadrado, *Burguesía*, págs. 123-125 (con datos comparativos internacionales); Samaniego, *Problema*; Ruiz Berrio, *Alfabetización*.

43. Los datos nacionales eran 72% y 56%.

y mientras más novelesco sea el relato mayor credulidad les inspira; en este candor estriba el gran poder de la prensa cuyos comentarios, por muy apasionados que sean, los toman como artículos de fe los campesinos»⁴⁴.

IV. Obreros agrícolas y ganaderos

1. *Diferencias de estatus entre los obreros agrícolas*

En los grandes cortijos del sur y del suroeste solía haber dos formas tradicionales de trabajar: o se trabajaba las fincas directamente con la ayuda de obreros agrícolas o se le encomendaba la tierra o los derechos de aprovechamiento a arrendatarios, que a su vez podían echar mano de obreros agrícolas. Obreros agrícolas y aparceros componían la masa del proletariado rural, aunque no constituyan, sin embargo, en absoluto un grupo homogéneo. Ya entre los obreros agrícolas había importantes diferencias, según su actividad y estatus⁴⁵.

En la posición más segura, que significaba al mismo tiempo la máxima vinculación con el propietario o con la finca, se encontraban los obreros fijos con sus familias. Entre éstos disfrutaban de una posición preferencial los obreros que tenían puestos de confianza o puestos claves como los capataces, los aperadores o los manijeros, los guardas o los caseros, que a veces permanecían de generación en generación con el mismo propietario, transmitiendo el puesto dentro de la familia, y que eran «elegidos entre las personas más serias y honradas del lugar»⁴⁶. Además de éstos había empleados una serie de hombres para tareas que fueran saliendo durante un tiempo limitado, por lo general para un año, como el cuidado del ganado o para el transporte. Estos obreros vivían con sus familias

44. Merino, *Obrero*, pág. 84.

45. Véanse las observaciones muy reducidas en Merino, *Obrero*, pág. 9 y ss; Polo Benito, *Problema*, pág. 40 y ss.

46. Lizasoain y Aurrecoechea, *Ferme*, pág. 71.